

El amor siempre llama dos veces

Mencía Yano



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

[#ElAmorSiempreLlamaDosVeces](https://twitter.com/ElAmorSiempreLlamaDosVeces)

Colección: Tombooktu Erótica

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *El amor siempre llama dos veces*

Autor: © Mencía Yano

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: © Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-54-3

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-716-3

ISBN Digital: 978-84-9967-717-0

Fecha de publicación: Febrero 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-639-2015

*A mi padre, Esteban Enríquez, que rodeó mi infancia de libros
y me transmitió el infinito placer de tejer palabras.*

*A mis hijos, Pablo y David, que llenaron mi casa de color,
de muchos colores.*

Si alguna vez

Por si alguna vez te vas y después vuelves
te estaré esperando
en el mismo lugar de siempre,
allí, donde florecen los castaños
en cada primavera.

Por si alguna vez te vas y luego vuelves
yo iré cada día a aquel lugar
a esperar tu regreso
y recoger el eco de tus besos
que un día olvidamos
en una primavera enamorada.

Por si alguna vez vuelves de regreso
estaré en el lugar de los encuentros
hurgando en las cenizas que quedaron
reavivando el fuego que apagó el invierno
después del desyelo...

Mi padre, Esteban Enríquez Fernández

Índice



Capítulo 1	13
Capítulo 2	21
Capítulo 3	29
Capítulo 4	39
Capítulo 5	47
Capítulo 6	57
Capítulo 7	65
Capítulo 8	75
Capítulo 9	85
Capítulo 10	95
Capítulo 11	105
Capítulo 12	115
Capítulo 13	125
Capítulo 14	135
Capítulo 15	143
Capítulo 16	153
Capítulo 17	163

Capítulo 18	171
Capítulo 19	181
Capítulo 20	191
Capítulo 21	201
Epílogo	209
Agradecimientos	221

1



Finales de agosto de 2003

Habían quedado en la playa al atardecer. Aún no sabía muy bien por qué lo había llamado. Después de tantos años..., ¿qué habría pensado? Pero lo que a Uxía le costaba entender era por qué él había aceptado su invitación.

Quizá, se lo pensaba mejor y no acudía a la cita.

Hacía por lo menos veinte años que no se veían, ni hablaban, desde que ella un buen día le dijo que se ahogaba en aquel pueblo, que necesitaba irse de Miramar. Ni siquiera le había dado la opción de irse con ella, y lo que es peor, ninguna explicación aceptable.

No lo volvió a llamar. Ni para decirle dónde estaba, ni si se encontraba bien, nada...

La verdad es que su comportamiento había dejado mucho que desear. Fue como si estuviese huyendo de algo. Y ahora, después de veinte años...

Le había costado llamarlo, pero cuando lo hizo le sorprendió muchísimo la manera en la que él había aceptado. Como si tal cosa, como si se hubiesen visto el día anterior.

¿Y cómo estaría? ¿Seguiría teniendo aquel precioso pelo, un poco largo, que le quedaba tan bien? Seguramente no. Tal vez, ya no tenía ni pelo, que los años pasan por encima de uno sin pedir permiso y lo destrozan todo.

Ella tampoco llevaba aquella melena larga que tenía entonces. Ahora se había hecho un corte muy moderno. Una melenita corta y desestructurada que le hacía sentirse más joven. También se lo teñía de un rubio semejante al suyo, y con mechas, para disimular las canas. Por no hablar de los kilos que había cogido... ¡Vamos!, que si ella no estaba como entonces, ¿por qué lo había de estar él?

Tenía que dejar de pensar en todo eso, porque si no, la que no acudiría a la cita sería ella.

No se decidía con la ropa que iba a ponerse. Finalmente, pensó que ser ella misma era lo mejor. Así que, se puso unos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas para poder caminar, si se daba el caso. Fue en su coche, porque aunque sabía que había autobuses para ir a las playas, llevaba demasiados años fuera y no tenía idea de los horarios.

Cuando llegó a la playa, encontró todo muy cambiado, hasta habían hecho un aparcamiento; allí dejó su coche, al lado de otros dos... quizás uno de ellos era el de Manuel.

A pesar de la hora que era, todavía quedaba alguna gente paseando por la orilla del mar y disfrutando de la espectacular puesta de sol y de la brisa que traía el Atlántico.

Enseguida divisó al fondo, donde estaban las rocas, en el lugar en el que ellos siempre se refugiaban para besarse a escondidas, la figura de un hombre. No estaba segura de que fuese él, pero sus pies la iban llevando hasta allí sin querer, como por inercia.

Mientras venía en el coche, su mente le fue trayendo imágenes de los dos escondidos entre las rocas, besándose, reconociéndose, recorriendo sus cuerpos con las manos... ¡Cuántas tardes pasaron allí...! Ella jamás olvidó a Manuel y todo lo que vivieron en aquellos años.

¿Cómo olvidar aquella primera vez...? ¡Qué poco sabían los dos...! Claro que con dieciséis años... Pero aprendieron juntos. Aprendieron muchas cosas que después, con el tiempo y con amantes posteriores, mejorarían. Pero aquel amor adolescente, auténticamente desinteresado y por el que morirían sin dudar, jamás se repetiría. No iba a decirle todo

esto porque él podría preguntarle lo que ella dejó sin respuesta durante tantos años: «¿Por qué? ¿Por qué te fuiste de aquella manera, sin dejar rastro y sin dar explicaciones...?». Uxía no estaba preparada para dar respuesta a todo eso, no de momento. Tal vez más adelante, si la cosa funcionaba y había oportunidad, podría darle muchas explicaciones. Pero hoy no, hoy sólo quería verlo, ver sus ojos, mirarse en ellos, sentir cómo la miraban después de los años, y saber de su propia reacción, porque quizás se estaba adelantando a los acontecimientos, y después de mucho darle vueltas, al final sólo había indiferencia, incluso por parte de ella misma.

Se iba acercando cada vez más al punto en el que había divisado a aquel hombre en las rocas. Estaba ya muy cerca, pero no podía verle la cara porque se encontraba de espaldas. No podía saber si era él, así que continuó andando hasta que estuvo a su lado; el hombre levantó la cabeza y se miraron... Ella supo enseguida que aquel era el Manuel que iba buscando, él no se levantó, sólo le dijo:

—Siéntate a mi lado, te gustará ver de nuevo la puesta de sol desde aquí, yo no dejé de venir nunca. Estaba seguro de que volverías a nuestro lugar.

Ella quiso hablar, contarle muchísimas cosas, tal vez darle alguna explicación, pero él, como si la presintiera, le calló la boca con una caricia.

—Ya habrá tiempo para las palabras —dijo Manuel—. Y se quedaron allí sentados, uno al lado del otro, sin hablar, sin mirarse, sin tocarse... Estaban como en un éxtasis de silencio y soledad compartida.

Uxía dejó de pensar, sólo disfrutaba de ese momento, quizás irreplicable. Manuel, igual que ella, tenía la mirada puesta en el infinito, disfrutando de ese instante tantas veces añorado.

Pasaron mucho tiempo en esa especie de letargo, ni cuenta se dieron que habían pasado más de dos horas. El sol había desaparecido en el horizonte, y ya sólo quedaba su reflejo, pronto anochecería.

Manuel pensó que si no se marchaban pronto, luego no podrían abandonar las rocas porque la marea estaba subiendo. Se levantó y le ofreció una mano a ella para ayudarla a ponerse en pie.

—Tenemos que irnos ahora, si no nos quedaremos atrapados hasta que vuelva a bajar la marea.

A Uxía le daba igual quedarse allí toda la noche o toda la vida, ya que lo único que quería era que no desapareciera la magia de aquel reencuentro.

Manuel tampoco quería estropear el momento, pero había que continuar, pasar página. Ya se vería cómo resultaban las cosas.

La invitó a cenar en un pequeño restaurante que había descubierto hacía tiempo, en el que se comía muy bien y el ambiente era muy agradable. Pensó que, seguramente, le encantaría El recuncho de Lula, que así era como se llamaba. Era un sitio sencillo, con una decoración rústica, nada recargada ni afectada, daba la sensación de estar en el comedor de casa. Desde que había descubierto este restaurante, era un asiduo cliente. Ojalá estuviera libre la mesa que había al lado de la chimenea, porque ahí podrían hablar tranquilamente; además, a Lula no le importaba que la gente se quedara sentada degustando un café, una copa o simplemente charlando tranquilamente después de cenar. Ella misma se sentaba con su compañero y hablaban bajito de sus cosas como si fuesen unos clientes más.

Uxía se dejó llevar por Manuel y fueron andando hasta la casa de comidas, y empezaron a conversar de cosas sin importancia. Del tiempo, de lo mucho que había cambiado el pueblo... y de un montón de cosas que no significaban mucho, pero que los iba acercando cada vez más.

Primavera de 1979

—Uxía, tu madre ha preguntado por ti.

Ella ya lo imaginaba, eran más de las diez de la noche. Su hora de llegada era a las nueve y media, ya buscaría una

disculpa, aunque la bronca no se la quitaba nadie. Pero poco le importaba hoy aquella bronca después de la inolvidable tarde que había pasado.

Cuando empezó el curso, allá por el mes de octubre, se sentía muy mayor; era el último curso en el instituto, por fin podría marcharse para Santiago. Hacer una carrera era una de sus metas y la ilusión de sus padres. Había pensado en Psicología, si el curso iba bien y aprobaba la selectividad, cosa con la que contaba, pues aunque no era la mejor estudiante, solía sacar unas notas bastante decentes.

Con sus padres no tenía muchos problemas, bueno, lo normal de cualquier adolescente; los estudios, que a ellos siempre les parecía que estudiaba poco, los horarios de llegada a casa, que siempre tenía problemas para cumplirlos, y poco más.

Hoy era uno de esos días en los que llegaba tarde, y Marina, su madre, empezaría como siempre con las preguntitas de rigor: «¿De dónde vienes?, ¿con quién has estado?...». Lo peor es que parecía tener un sentido especial, porque siempre sabía más de lo que ella le contaba.

Por eso, hoy tenía un poco de miedo de lo que su madre pudiera leer en sus ojos. Tenía la sensación de que lo de aquella tarde lo llevaba escrito en la frente.

Si tuviera que explicar cómo se sentía, no sería capaz, ya que jamás hubiera imaginado que aquello ocurriría así, ni tampoco que ocurriría aquella tarde. Pero hay cosas que no se pueden planificar, cuando ocurren, ocurren y punto. Y además, el hecho de planificarlas haría que perdieran su encanto.

Cuando Manuel le pidió a principio de curso si quería salir con él, ella no se lo podía creer, hacía mucho tiempo, desde primero de bachillerato, que le gustaba y no hacía más que ir a los sitios en los que sabía que se lo encontraría. Le miraba a hurtadillas, preguntaba a sus amigas si él la estaba mirando... Así que, cuando le pidió para salir, le dijo enseguida que sí, y la cara de parva que se le puso tardó en borrarle varios días.

Igual que hoy. A Uxía le parecía que todo el mundo sabía lo que le había ocurrido, sobre todo su madre, a esa no se le escapaba una.

Entró en casa corriendo, como hacía siempre. Quería hacer todo como siempre.

—Mamá, ya he llegado, me he retrasado un poco porque teníamos que ultimar la exposición del trabajo de historia, que tendremos que exponer mañana.

—¿Y quiénes sois los que habéis hecho el trabajo?

—Ya te lo dije, Ana, Lidia, Manuel y yo.

—Pues a Lidia hace ya un buen rato que la he visto ir en dirección a su casa.

—Porque ella se ha ido antes, ya sabes cómo son sus padres con los horarios.

Durante toda esta conversación, Uxía estaba en el baño y su madre en la cocina, tenía que lavarse un poco, mirarse en el espejo y asegurarse de que su cara no decía nada que ella no quisiera contar.

Cenó con sus padres y su hermano y, por un momento, casi consiguió evitar recordar lo sucedido aquella tarde. Pero cuando estuvo sola en su cuarto, rememoró cada paso, cada palabra, cada caricia que le había hecho Manuel, el miedo que tenía ella, que casi no le dejó disfrutar del momento. Pero él la trató con muchísima sensibilidad, se aseguró de que se sintiese bien en todo momento, no hicieron nada con lo que ella no estuviera de acuerdo.

Jamás olvidaría aquella primera vez... Se sintió la persona más querida del mundo y, aunque sabía muy poco de sexo, enseguida se dio cuenta de que no le había pasado lo que tendría que haberle pasado, pero pensó también que lo de hoy sólo había sido el primer paso. Tenía que liberarse de los miedos, de todos los miedos, y esto llevaría su tiempo. El sexo, al igual que todo en la vida, era cosa de aprendizaje y a ella le había llegado el momento de empezar ese aprendizaje.

No sabía si hablar con Ana y Lidia. Eran sus mejores amigas desde la infancia, pero contárselo le parecía que era como traicionar el nuevo vínculo que se había establecido

entre ella y Manuel, que era verdaderamente muy especial y muy hermoso, y no quería que nada ni nadie lo estropease.

Se le estaba haciendo eterno la llegada del día siguiente, deseaba que pasasen las horas lo más rápido posible, y al mismo tiempo, la invadía una especie de miedo mezclado con vergüenza de encontrarse con él. Uxía lo quería muchísimo y sabía que él también la quería, pero aun así, tenía alojado en el fondo de su ser un sentimiento extraño que la inquietaba bastante.

A la mañana siguiente, se levantó rápido, casi no había pegado ojo. Había sido una noche muy larga en la que repasó cada momento de la tarde anterior, cada gesto, cada palabra. Tenía que ver a Manuel cuanto antes, necesitaba saber que nada era diferente, que él la seguía queriendo, que no estaba decepcionado... No sabía por qué le parecía que podría estarlo.

Manuel estaba esperándola, como siempre, en la parada del bus; ella se le acercó sin mirarlo a los ojos, pero él le cogió la cara entre sus manos obligándole a mirarlo y la besó en los labios con un beso lento y suave a la vez que le decía:

—Te quiero, te quiero muchísimo, ¿no estarías pensando nada raro, verdad?

—Gracias, yo también te quiero, muchísimo —dijo ella mientras le devolvía el beso y se disipaban todas sus dudas.

Después de aquella tarde, vinieron muchas más en las que aprendieron a quererse y a disfrutar de aquel amor adolescente, que fue madurando con la primavera. Siempre encontraban el momento de separarse del resto de compañeros para refugiarse entre las rocas. Allí aprendieron a reconocer cada centímetro de sus cuerpos, cada pensamiento del otro... Allí crecieron con la primavera y se hicieron adultos con el verano.

Con el nuevo curso llegó el momento de ir a la universidad. Santiago les esperaba, con todo lo que eso suponía en cuanto a libertad se refería. Por fin podrían vivir a su aire. Se había acabado lo de esconderse para poder estar juntos.

Ella alquiló un piso con Lidia y Ana, y él otro, no muy lejos, con Toño y Jaime. Por supuesto, los padres de ellas no

iban a permitir que compartiesen piso con chicos, las cosas entonces no eran como ahora. Pero desde luego, la situación era bien distinta. De hecho, pasaron todo el curso juntos. Uxía estudiando Psicología, y Manuel, Matemáticas. Fue un año de auténtico aprendizaje en todos los sentidos, pero sobre todo, de aprendizaje de vida.

2



Finales de agosto de 2003

Pidieron unas ensaladas y una tortilla de patatas que ya era famosa en toda la comarca, y para beber, un Godello que a Manuel le gustaba mucho...

Mientras cenaban, Uxía le dijo que le encantaba el sitio y lo buena que estaba la comida; él asentía y, de vez en cuando, la miraba... ¡Cuánto había echado de menos esa manera que tenía ella de hablar y comer al mismo tiempo sin que pareciese de mal gusto!

Pidieron el café, y mientras esperaban, Manuel sacó una fotografía en la que se veía a una joven de unos dieciséis años, más o menos, y se la mostró.

—Mira, esta es mi hija, se llama Alba.

—No sabía que te habías casado, bueno en realidad no sé nada de casi nadie.

—Me casé, pero nos separamos hace cinco años porque ella no podía soportar mi soledad, eso dijo. Seguramente, no la supe querer. Pero Alba es mi vida y por ella traté siempre de arreglar las cosas, de acortar las distancias, aun así, Lidia dijo que vivir conmigo había sido una auténtica tortura y que si no era capaz de olvidar el pasado, jamás sería capaz de vivir.

—¿Te casaste con Lidia? Siempre estuvo enamorada de ti. La pobre lo pasó mal mientras tú y yo estuvimos juntos. Ella estuvo siempre a nuestro lado como una amiga, que lo fue por cierto; otra hubiera buscado la forma de liarse contigo sin importarle si yo era su amiga o no.

—No sabes si lo intentó...

—¿No me digas? Y yo convencida de que era la mejor de las amigas.

—No dije que lo hiciera.

—Bueno, de todas formas, ahora ya no importa. ¿Y qué fue de ella, por dónde anda?

—Se fue para Madrid, trabaja en una agencia de viajes. La niña se fue con ella, pero pasa las vacaciones conmigo, y ahora quiere quedar aquí a terminar el bachillerato, A Lidia no le hace gracia, pero finalmente aceptó, y dice que ahora voy a saber lo que es bueno...

—Yo también sé mucho de eso, tengo dos hijos, uno de diecisiete y otra de catorce y están en lo mejorcito de la eferescencia adolescente.

Quedaron callados un rato. Uxía pensando en cómo iba a ser su nueva vida. Ella sola con sus hijos, el trabajo y un ex marido que no quería saber nada del tema. Manuel la miraba tratando de adivinar sus pensamientos.

Y sin que él le preguntase nada, empezó a contarle que ya no aguantaba más en Barcelona, que mucho antes de separarse ya había sentido la necesidad de volver, pero la rutina del día a día era como un motor imparable, hasta que se dio de bruces con la auténtica realidad. Un marido que pasaba de ella y de sus dos hijos totalmente, al que sólo le interesaba su periódico y las redactoras con las que trabajaba, cuanto más jóvenes, mejor. Así que antes de pedirle el divorcio, ya había solicitado destino en Miramar.

Sus hijos pusieron el grito en el cielo, le aseguraron que no se iban a ir a vivir a un pueblucho por mucho que ella se empeñase, pero como su padre no quiso saber nada del tema de los niños, no les quedó otra que venirse.

—Así que ahora no sólo me odian a mí por separarme de su padre y venirme a este pueblucho, sino también a su padre por preferir a sus amiguitas y su tren de vida que a sus propios hijos.

—Se les pasará, ya lo verás. No querrán volver a Barcelona.

Le contó también que había alquilado un piso en el centro de Miramar, bastante cerca del instituto en el que iba a trabajar y en el que estudiarían sus hijos.

—Allí me enteré de que eras el profesor de Matemáticas y el director. Pedí tu número de teléfono con alguna escusa que ni me acuerdo. Tenía que hablar contigo antes de que nos encontrásemos por los pasillos el primer día de clase.

—Agradecí muchísimo tu llamada, también supe que eras la nueva orientadora. Estuve pendiente de quién sería, más que nada porque estábamos muy contentos con el anterior y me preocupaba que fuese un interino de los que están de paso. Así que cuando vi el nombre en el listado, supe que eras tú.

Lo que no le estaba contando era que el corazón se le paró por una milésima de segundo cuando leyó su nombre: Uxía Rodríguez Mayo. Tampoco le estaba contando la pregunta que le vino a la boca en aquel momento: «¿Por qué vuelve, y por qué ahora?». Llevaba más de veinte años fuera. Años en los que no había sabido nada de ella, salvo alguna cosa que le había contado Lidia, poco, porque sabía lo que Uxía significaba en su vida.

Octubre de 1979

El primer trimestre pasó en un santiamén. Al principio, ubicándose cada uno en sus alojamientos correspondientes y en las facultades que cada uno había elegido. Luego, tratando de conseguir apuntes y libros, asistiendo a las primeras clases, que fueron toda una novedad, conociendo nuevos compañeros que, con el tiempo, algunos pasarían a formar parte de los amigos más íntimos. En fin, que con tanta novedad, pasó el tiempo y cuando quisieron darse cuenta, estaban otra vez en casa para pasar la Navidad.

Regresaron a Santiago después de las fiestas navideñas. Ana le pidió que se sentara con ella en el bus, quería contarle algo. Uxía se alegró de que se lo pidiese porque tenía ganas de hablar con ella; desde que habían empezado aquellas primeras vacaciones, la notaba muy rara. Cada vez que se habían juntado para salir, aunque Ana siempre iba, era como si estuviese en otro sitio, estaba callada, ausente... incluso el día de fin de año.

Lo habían preparado con tiempo, pensando en qué se pondrían, cómo se peinarían, hasta fueron de compras porque Uxía quería comprar un vestido para impresionar a Manuel. Pero Ana no se entusiasmó con nada, parecía una autómatas, siguiéndolas por todas las tiendas y haciendo lo que ellas hacían.

Lidia también se percató del estado de ánimo de Ana, pero no le dio mucha importancia, sabía que había conocido en la facultad a un chico que le gustaba mucho, pero que no parecía hacerle mucho caso, y quizás eso era lo que la tenía un poco apagada durante aquellas fiestas.

—Manuel, me voy a sentar con Ana.

—¿Ya te has aburrido de mí?

—No seas tonto, me lo ha pedido ella y me alegro, porque hace días que la encuentro muy rara, a ver si por fin se desahoga y me cuenta lo que le pasa.

—Era una broma, mujer. Ve con ella, yo también la encontré algo rara, te lo quise decir el otro día pero al final lo dejé pasar porque pensé que sería algo entre vosotras.

Ana se sentó al lado de la ventana y miraba por ella como si fuese a encontrar algo interesante en aquel paisaje de sobra conocido. Uxía quería que fuese ella la que empezase a hablar, pero ya se estaba inquietando porque Ana seguía callada. Tal vez tendría que echarle una mano, a veces cuesta mucho empezar, pero una vez se empieza, se coge carrerilla y hasta el final.

—Ana, ¿me vas a contar de una vez qué te pasa? Si piensas porque no te he dicho nada, que no me he dado cuenta de que llevas así desde que vinimos a pasar la Navidad, te equivocas.

Ana se echó a llorar; parecía como si llevase aguantando las lágrimas toda la vida. Uxía ahora sí que se preocupó ¿Qué le estaba pasando? No pensó que fuese para tanto. La dejó llorar un rato y cuando se fue calmando empezó a hablar.

Le contó que en la facultad había un chico que le gustaba mucho, que no era de su clase, sino del último curso, y para conocerlo y hacer amistad, empezó a salir con la gente con la que él se relacionaba. Al principio, no le hacían mucho caso y, algunos, hasta le miraban con desprecio: «¿Qué hacía aquella niñata con ellos?», pero ella supo ponerse a la altura de las circunstancias. Su inteligencia y su agilidad mental le proporcionaron el respeto de aquella gente. Fueron aquellas nuevas amistades las que la involucraron en asuntos políticos y reivindicaciones varias. La verdad, no sólo fueron las amistades, sino que a ella el asunto de la política le atraía desde siempre.

De todo esto ya tenía Uxía conocimiento, que por algo eran amigas y compartían piso. Cuando la oía llegar muy tarde, se levantaba para preguntarle de dónde venía. Muchas veces se sintió mal haciéndolo, porque ella no era quien para pedirle explicaciones, pero le preocupaba que pudiera pasarle algo y, sobre todo, le preocupaba cómo se estaba alejando.

Uxía terminaba riñéndole y diciéndole: «Te van a meter en el trullo, cualquier día hacen una redada en el sitio ese en el que tenéis las reuniones clandestinas y os enchironan a todos, vas a ver»; ella le contestaba que para cambiar las cosas había que movilizarse e implicarse.

El chico en cuestión, del que se había enamorado, se llamaba Paulo, estaba terminando la carrera de Filosofía y letras, y se dedicaba a escribir sobre todo artículos de tinte político con reivindicaciones de todo tipo; ya había tenido algún que otro problema con la policía porque siempre era de los que estaba en el ajo.

El tal Paulo, al principio, no le hacía mucho caso, más bien, ni sabía que existía. Pero Ana siempre destacó, no sólo por su belleza, sino también porque no se dejaba abatir fácilmente en ningún terreno e insistía hasta conseguir lo que quería.

No tardó en hacerse con la atención de Paulo, y pasó de ser invisible, a ser una buena compañera. Incluso parecía que él también se había enamorado, o eso le pareció a Ana.

Cuando la llevó a su piso y comenzó a desnudarla, besándola y tocándola por todas partes, Ana, aunque con miedo, se comportó como si aquello fuese normal para ella, y no se atrevió a decirle que era virgen. Cuando Paulo se dio cuenta, la miró con intención de dar marcha atrás, pero ya que ella tenía tanto interés no la iba a defraudar, además la chica estaba buenísima y entregada, era un caramelo que no tenía intención de despreciar.

Desde luego, trató de no lastimarla y de hacerla disfrutar todo lo posible, no quería descartar posteriores encuentros sexuales con aquella chiquilla que tan enamorada estaba de él, y que prometía ser una diosa del sexo cuando hubiese aprendido un poco y perdiese el miedo que ahora trataba de disimular.

Ana quedó bastante defraudada, pensaba que aquello debería ser de otra manera, y de pronto comprendió que para Paulo no significaba nada más que «un polvo» con una amiga.

Se le vino el mundo encima. Podía seguir ciega pensando que él la quería o ver la realidad: para Paulo, era sólo una amiga íntima, nada más. Ella quiso jugar al juego de la «libertad sexual», que estaba muy bien, pero para el que aún no estaba preparada.

Aun así, volvió a acostarse con Paulo alguna que otra vez con la esperanza de que tal vez él empezara a sentir cosas diferentes por ella. Algo que por ahora no había ocurrido.

Pero lo que sí había pasado, lo que tenía a Ana fuera de sí, era que no le había venido la regla. ¿Cómo pudo ser tan idiota? ¿Acaso no sabía de sobra las consecuencias de no tomar precauciones?

Pero como fue de listilla, no se atrevió a decirle que ella no tomaba nada y que tendrían que usar condón, y él, como la vio tan decidida, pensó que ya se había ocupado de tomar medidas anticonceptivas, de manera que ahora tenía un problema y bien gordo.

Uxía dejó que hablara sin interrumpirla hasta que terminó; luego se quedó un buen rato callada, digiriendo toda la historia, y como mujer pragmática que era, le preguntó:

—¿Ya lo sabes seguro? Lo del embarazo, digo...

—Si te referes a si me hice una analítica, todavía no.

—Pues eso es lo primero que vamos a hacer nada más llegar, así que ahora relájate, ya pensaremos en la solución si es que hay algo que solucionar.

Continuaron el viaje hablando de todo un poco. Ana parecía sentirse mucho mejor después de haber compartido el peso que llevaba encima.

El lunes por la mañana fueron a la consulta de un ginecólogo bastante conocido entre las estudiantes porque no pedía ni la cartilla sanitaria, ni hacía preguntas. Atendía muy bien a las pacientes y les daba toda la información que necesitaban. No era fácil en aquellos años encontrar algún facultativo que se interesase por la salud sexual de las jóvenes, aconsejándoles los mejores métodos anticonceptivos y recetándolos si era el caso. Así que en su consulta, lo normal era ver a chicas jóvenes, la gran mayoría estudiantes, que iniciaban su vida sexual y querían hacerlo con seguridad. Esta información iba de boca en boca entre las estudiantes, y fue así como le llegó también a Uxía, y un día, acompañada por Manuel, fue a la consulta y salió de allí encantada del trato y la información recibida.

Cuando llegaron a la clínica, les dijeron que debían esperar al final, puesto que habían ido sin cita. Ana estaba muy nerviosa, tanto, que hasta estuvo vomitando. Cuando por fin les tocó el turno, la enfermera les preguntó cuál de las dos era la paciente, y Ana se levantó muy rápido.

—Soy yo.

—Ven conmigo —le dijo la enfermera—. Tú, espera aquí, por favor —dijo mirando a Uxía.

Uxía se quedó esperando; ahora sí que estaba nerviosa... Deseaba con todas sus fuerzas que el retraso de Ana fuera una falsa alarma, sin embargo, tenía un presentimiento que no presagiaba nada bueno.

No habían pasado ni veinte minutos cuando volvió a salir la enfermera para llamarla.

—Tienes que entrar un momento, tu amiga se ha desvanecido, está bien, pero parece como si se sorprendiera de estar embarazada. Ya sois mayorcitas para saber que si os acostáis con chicos sin protección, lo normal es que os quedéis preñadas.

Uxía agachó la cabeza un poco avergonzada por la bronca de la enfermera. Ella sabía muy bien todo eso, todas lo sabían, pero a veces se mete la pata, y una piensa que por una vez no va a pasar nada... y claro, pasa.

Dentro de la consulta estaba el médico reanimando a Ana y preguntándole por qué se había sorprendido tanto, y diciéndole que un embarazo era algo que sucedía siempre si no se ponía remedio.

3



Finales de agosto de 2003

¶Eran casi las dos de la mañana. Tenían que irse, pero ninguno de los dos quería hacerlo, se encontraban muy a gusto hablando... ¡Tenían tantas cosas que contarse...! Y ahora que ya habían roto el hielo, se les hacía necesario continuar. Tanto uno como el otro temían que se rompiese aquella magia que había surgido cuando se sentaron en las rocas de la playa aquella misma tarde.

Manuel le hizo una señal a Lula para que les trajera la cuenta. Uxía lo miraba como diciendo: «Qué lástima, con lo bien que estábamos». Manuel, que tuvo la misma sensación, le preguntó:

—¿Has traído ya los muebles?

—Sí, pero está todo sin montar. ¿Sería mucho pedirte que me ayudaras mañana? Si tienes tiempo y ganas, claro.

—¡Por supuesto que te ayudaré, mujer!, pero lo preguntaba por otra cosa. ¿Dónde vas a dormir?

—Pues estoy en ese hotel nuevo que abrieron en Miramar.

Manuel se quedó callado, no se atrevía a invitarla a dormir en su casa, le daba un poco de miedo la reacción de ella. Uxía creyó entender su silencio y comentó en alto sus pensamientos.

—El hotel está muy bien, pero nada comparado con una casa en la que haya un buen café y buena compañía.

—Tengo el mejor café y si te gusta la compañía... estoy seguro que mi casa te gustará.

—¿Dónde vives?

—Compré la casa del molino, aquella a la que íbamos a hacer espiritismo, ¿recuerdas?

—¿Y Lidia estuvo de acuerdo? Con el miedo que le daban a ella esas cosas.

—La verdad es que no quería, pero logré convencerla, y después de restaurarla y reconstruirla le fue cogiendo cariño, aunque no demasiado; cuando nos separamos, rápidamente me vendió su parte. Con el dinero se compró un apartamento en Madrid.

—Me va a encantar, estoy segura.

—Mira, como trajimos dos coches, voy yo delante y me sigues, no te será difícil; a estas horas no hay tráfico y estamos muy cerca, ya lo sabes.

Durante el trayecto, Uxía fue repasando la conversación que habían tenido. El miedo de los primeros momentos había ido desapareciendo para dejar sitio a una nueva sensación de bienestar que hacía tiempo que no sentía. «¡Ojalá aquello no se estropease», pensó.

Manuel también iba repasando lo acontecido aquella tarde. Tenía que darle la razón a Lidia... Nunca fue capaz de olvidar a Uxía. Ella era el fantasma con el que Lidia nunca pudo competir.

Con Uxía siempre había sido sincero. Había estado a su lado en todo. La admiró, la amó y la comprendió siempre, incluso cuando le dijo que se sentía ahogada en Miramar y en la relación que mantenían, que ya no podía más y que se iba. Que no había otra persona, sólo que ya no lo quería como antes. Aunque le rompió el corazón, la respetó y la dejó ir sin hacerla sentir culpable.

¡Qué mal lo había pasado! Cuántas vueltas le había dado a todo... A sus palabras, a la relación que habían mantenido. La repasó paso a paso, desde el principio, tratando de buscar

algo... una explicación que nunca encontró. Le quedaban un par de asignaturas para terminar la carrera, pero tuvo que dejarla porque fue incapaz de centrarse en los estudios. Lo dejó todo y se fue a hacer el servicio militar.

Al recordar todo aquello, se le hizo un nudo en el estómago, incluso volvió a sentir por un momento aquel dolor en el pecho por el que lo habían tenido casi un mes ingresado y nunca le habían dado un diagnóstico claro.

Aparcó el coche delante de su casa al mismo tiempo que los recuerdos. No quería que nada enturbiase lo que parecía a punto de comenzar.

Se bajó del coche y le hizo señales a ella para que colocase el suyo detrás.

Cuando Uxía vio la casa del molino quedó asombrada; la habían reconstruido respetando las paredes de piedra. Las ventanas y la galería eran de aluminio Climalit pero imitando el color verde de antaño. Hasta el tejado lo reconstruyeron con pizarra de diferente tamaño y grosor, tal como se ve en las casas viejas de las aldeas.

—Hicisteis un gran trabajo con la casa, ha quedado verdaderamente hermosa.

—A ver qué te parece por dentro.

Manuel sabía que le iba a gustar, o mucho había cambiado...

—¡Qué maravilla, Manuel! ¡Es fantástica, y muy acogedora! La verdad, no sé por qué me sorprende, conociéndote a ti... no podía ser de otra manera.

—Síéntate, haré un café y seguiremos charlando, si te apetece.

Se sentó en un sofá y mientras él estaba en la cocina, recorrió toda la estancia con la mirada. Era un salón amplio y muy soleado, gracias a la galería típica de las casas gallegas, que ocupaba prácticamente toda una pared. La decoración era sencilla pero exquisita, se podía ver la mano de Lidia en muchos detalles, a ella siempre le habían gustado mucho las exquisiteces.

Escuchó el ruido que hacía Manuel en la cocina.

—¿Te ayudo?

—No hace falta, tú ponte cómoda y dime cómo quieres el café.

—Con leche y una cucharadita de azúcar. Por cierto, ¿de quién es el cuadro que tienes encima de la chimenea?

—Lo pinté yo, ¿te gusta? Tengo más, luego te los enseño.

—Antes no pintabas, ¿cuándo empezaste?

—Después de nacer Alba. Lidia siempre decía que la pintura era una excusa para encerrarme solo y no tener que hablar. Quizás tenía algo de razón, pero la verdad es que llegó a entusiasmarme, y sigue haciéndolo. Pero además, me sirve de terapia, me relaja. Y lo mejor es que ya he hecho varias exposiciones, incluso he vendido algo.

—¡Qué bien! Tal vez puedas dejar la enseñanza y dedicarte de lleno a la pintura...

—No creo, olvidas que tengo una hija adolescente que pronto irá a la Universidad, además de una hipoteca y otras muchas facturas que pagar. O sea, que lo de dejar la docencia va a ser que no, pero me gusta mucho, me distrae y, sobre todo, ha sido y sigue siendo mi tabla de salvación.

—Sí, la verdad es que es necesario tener algo fuera del trabajo de cada día para cambiar de actividad y no volverse tarumba.

—Y tú, ¿sigues escribiendo?

—Pues sí, esa es, como tú dices, mi tabla de salvación. Aunque nunca me he atrevido a publicar. Seguramente, lo que escribo, ni siquiera sirve para publicar, pero a mí me encanta y me distrae mucho.

Manuel volvió al salón; en una bandeja traía los cafés y se sentó a su lado.

—No sé si te gustará, suelo hacerlo muy flojito. Alba dice que parece agua sucia.

—¿Dónde está?

—Fue a pasar unos días a la aldea, con los padres de Lidia, hasta que empiecen las clases.

Se quedaron en silencio, saboreando el café recién hecho. A Uxía le traía recuerdos de los mejores días del pasado, y

cerró los ojos recostándose en el sillón para recrearse en ellos.

—¿Tienes sueño? Te enseñaré la habitación.

—No, todavía no, sólo estaba recordando cosas... Nos tenemos que poner al día de todos estos años. ¿Cuántos fueron...? No lo recuerdo.

—Diecinueve, muchos para ponerse al día en una noche. Pero como vas a vivir aquí, tendremos tiempo.

—Seguramente, pero no será tan fácil como hoy.

—¿Por...?

—¿Por qué va a ser? Empezará el curso y tendremos un montón de trabajo, estarán los chicos...

—Ya, de todas formas, si de verdad queremos, podremos vernos y hablar, incluso salir a cenar los dos, como hoy. Tus hijos ya son mayores y la mía también. La vida aquí no es como en una ciudad. Aquí va todo más ralentizado, es una de las ventajas de vivir en los pueblos.

Uxía se recostó en el sofá, se sentía relajada y hasta se le escapó un suspiro.

—¡Cuánto tiempo hacía que no me sentía tan bien...!

Manuel la miraba recreándose; no estaba tan cambiada, seguía teniendo aquella piel satinada y dorada como cuando era joven, no es que ahora fuese una vieja, pero los años no perdonan, y tanto él como ella habían cumplido ya los cuarenta. Unos kilos más sí que tenía, seguramente fueron los embarazos y la vida sedentaria, pero seguía teniendo buena figura. Siempre había tenido buen tipo, aunque eso a él jamás le había importado.

Cogió un folio de encima de la mesa y empezó a dibujarla mientras ella seguía con los ojos cerrados. No le hacía falta mirarla, jamás se le borraría de la mente su cara. Tenía muchísimos retratos de ella que había hecho de memoria, los guardaba en el desván, escondidos. No habría sabido cómo explicarle a Lidia...

Uxía abrió los ojos y miró el dibujo.

—¡Soy yo, qué bien lo haces! Pero me parece que me miras con muy buenos ojos, ya tengo arrugas —dijo mientras

señalaba los ojos en el dibujo—. Por aquí, ¿ves? Mírame bien; y tengo también una arruga aquí entre ceja y ceja. Mi hijo Xurxo dice que esa es la de los cabreos que me cojo, y seguramente es cierto.

Él le pasó el dedo índice por la frente, lo bajó por la nariz hasta los labios, donde se paró para recorrerlos muy despacio, aprendiéndolos de nuevo. No le hacía falta, tenía guardado en su memoria cada centímetro de su cuerpo. Ella quedó callada mientras un escalofrío la recorría y la despertaba de un letargo que duraba ya años.

Manuel se acercó y le besó los labios suavemente, como acariciándolos, pero se apartó enseguida un poco asustado de lo que acababa de hacer. Tal vez había sobrepasado el límite, no quería estropear aquello yendo demasiado deprisa. Pero entonces ella le cogió la cara entre sus manos y le devolvió el beso haciéndolo más íntimo. Primero lento y suave, recordando los sabores antiguos y reconociendo los nuevos. Le dibujó la boca con la lengua incitándolo a abrirla y entonces él ya no pudo parar. Dejó de pensar, sólo quería disfrutar de aquel momento... y desear que no acabara nunca. Sus cuerpos tenían hambre atrasada, y ya no había fuerza ni razón para parar lo que iba a suceder allí aquella noche.

Enero de 1980

Cuando salieron de la consulta, Ana estaba destrozada y sin saber qué hacer. No tenía la edad, ni los medios, ni siquiera un padre, para traer al mundo un hijo. Después de haberse desmayado en la consulta, el doctor le había preguntado por qué se había sorprendido tanto. No era ninguna niña, tenía que saber las consecuencias de sus actos. Ella lloró desahogándose, y explicándole que siempre había tenido los períodos muy irregulares, por eso siempre los retrasos no eran nada raro.

—Tienes que decidir qué es lo que quieres hacer. Sabes que en España el aborto no es una opción.

—Bueno, entonces tengo poco que decidir.

—Toma —le dijo, y le entregó una tarjeta—. Cualquiera duda que tengas, ven a verme, estoy ahí todas las tardes. No hagas ninguna tontería que haga peligrar tu vida.

Salieron de allí calladas. Uxía respetó su silencio hasta que Ana le enseñó la tarjeta que le había dado el médico.

—¿Es la dirección de su casa y su teléfono!

—¿Para qué quiero yo la dirección de su casa? Ya lo has oído, en este país el aborto es ilegal, y de paso, también se encargó de decirme que no hiciera ninguna tontería; pues me parece que sí voy a hacer esa tontería. No pienso tener un hijo a los diecinueve años, sin oficio ni beneficio, y sin padre. Lo siento muchísimo, pero no.

—Vale, pero habrá que buscar la solución más acertada, y sobre todo, la que no ponga en peligro tu vida.

—En este momento, lo que pone en peligro mi vida es estar embarazada.

—Yo creo que si el médico este te ha dado la dirección de su casa, quizás tenga alguna opción que quiera comentarte en privado. Creo que deberíamos ir a verlo. No pierdes nada.

—Vale, iré. Pero tienes que venir conmigo.

—Sabes de sobra que estaré a tu lado decidas lo que decidas. Te ayudaré en todo lo que pueda, no tengas dudas sobre esto.

Por supuesto, fueron a casa del médico. Allí les explicó que en la consulta de la Seguridad Social no podía darle ninguna solución, excepto tener al bebé. Pero que había otras alternativas y como vio que tenía la firme decisión de no tenerlo, quiso ayudarla para que no cometiera una imprudencia irreparable.

Ana no hablaba, era Uxía la que preguntaba y él respondía a todo abiertamente. De pronto, y como si se hubiera recuperado del susto totalmente, se levantó, y mirando por el gran ventanal que iluminaba el salón de la casa del doctor, negó con la cabeza y dijo alto y claro:

—No voy a tener ningún bebé ahora. No estoy preparada para ello. Quiero terminar mi carrera, además, el padre ni es mi novio, ni pienso decirle nada de esto.

El médico la escuchó atentamente, y Uxía se sorprendió de la repentina forma de tomar consciencia de la situación de su amiga, pero la verdad era que esa era la Ana que ella conocía, inteligente y decidida, que no se amilanaba por nada.

—Ana, me llamo Anselmo, y a partir de aquí voy a dejar de ser tu médico para ser un amigo y confidente. Necesitaba saber si realmente sabías lo que querías hacer. He visto que lo tienes muy claro, por eso voy a ayudarte —dijo el médico.

—Gracias, pensé que pretendía convencerme de que tuviera el bebé

—No es ese mi papel. En la clínica me limito a hacer lo que estipula la ley, es decir, hacer un seguimiento de la embarazada. No puedo dar la opción de abortar porque yo no puedo realizar el aborto. Ni yo, ni nadie en este país. Lo que sí encontraréis es clínicas clandestinas que no ofrecen ninguna seguridad y que, además, ya han ocasionado varias muertes.

—¿Y puedo saber entonces cómo podré resolver esto?

—«Esto», como tú dices, tendrás que resolverlo en Francia o Inglaterra. Hay que saber exactamente de cuántas semanas estás, porque en Francia tienen de límite dieciséis semanas. Creo que tú ya has sobrepasado ese tiempo, por lo que nos queda Inglaterra. Os daré teléfonos y direcciones. Hay varias clínicas. Te pedirán analíticas, ecografías, etc. Todo eso puedo hacértelo en la consulta y te lo llevas, pero ha de ser cuanto antes, estás llegando al límite.

Cuando salieron de la casa del médico, Ana se sentía un poco más aliviada, ya que, por lo menos, la había ayudado a encontrar una solución aceptable para ella.

Aquellos fueron unos días de muchísimo estrés. Mientras Ana se hacía todas las pruebas necesarias, ella se encargó de llamar por teléfono a la clínica de Londres para conseguir cita. Menos mal que Manuel se manejaba bien en inglés; era necesario poder entenderse perfectamente. Aunque para

sorpresa de ambos, al saber que eran españolas, las pasaron con una recepcionista que lo hablaba correctamente. Por lo visto, la mayoría de las pacientes que iban a abortar en aquellos años eran españolas.

Tuvieron que solucionar también lo del viaje. Consiguieron un vuelo chárter, que salía en cuatro días, justo para cuando estuviesen todos los resultados de las pruebas que le pedían. El problema fue que tuvo que irse sola. Era mucho dinero el que tuvieron que conseguir. La clínica costaba un pastón, el viaje otro tanto, y estar en Londres una semana, carísimo, de manera que era imposible ir dos personas. Hasta tuvieron que pedir dinero prestado.

Uxía se quedó preocupadísima cuando la despidieron en Lavacolla. Se sentía culpable por no poder acompañarla y no dejaba de darle vueltas a la postura de Ana de no querer decírselo a Paulo; tal vez el disponía de medios económicos para echarle una mano. Pero se negó rotundamente.

Quedaron en que sería ella la que llamase una vez instalada en el albergue que habían conseguido, otra vez cuando le practicasen el aborto, y otra al final de la semana, antes de venir, para asegurarse que seguía bien. Llamaría a las nueve de la noche, al teléfono del bar en el que siempre tomaban café.

Por suerte para todos, pero sobre todo para Ana, aquello salió bien. Y al final no fue más que un episodio más de los muchos que les ocurrieron mientras duró su estancia como estudiantes en Santiago.